

¿QUE ES LA HISTORIA?*

Por ARTURO USLAR PIETRI

Antes de entrar en materia esta tarde, yo solicito la venia de ustedes para formular un voto grato a mi corazón, el de convocar aquí en este momento la gran presencia ausente del padre de ésta casa de estudios que es Eugenio Mendoza.

Se me ha pedido que inicie este Ciclo de Conferencias con lo que pudiera ser un punto de partida, una rampa de despegue para lo que va a venir y que es simplemente hablar un poco de qué es la historia.

Es una pregunta difícil de responder, sobre todo en nuestros días. Si hace 50 o 40 años se le hubiera preguntado a un hombre de mediana cultura qué es la historia, hubiera respondido sin vacilación. Los hombres creían saber lo que era la historia y nos hubieran dicho, es el recuento fidedigno de lo pasado, nos hubieran añadido algunas frases metafóricas, es la maestra de la vida, es el espejo del presente y la imagen del futuro, porque los hombres creían y todavía creen que en realidad la historia es una fuente de enseñanza para la vida. Lo es en cierta forma y lo debe ser, pero si nosotros consideramos la realidad tendríamos que acordarnos de una frase sarcástica del gran poeta alemán Heine que decía “la historia enseña que la historia no enseña nada”, y en alguna forma es cierto, porque el hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra.

Esto no significa que la historia no tenga ninguna validez, la historia es la memoria común y con esto está dicho todo, porque los hombres somos y los animales son y tienen una identidad, porque tienen alguna forma de memoria. Si a nosotros nos arrebatara la memoria, no sabríamos quiénes somos, no tendríamos la menor manera de valernos, estaríamos en la más absoluta indefensión ante la vida y no habría manera de que supiéramos para dónde vamos ni con qué sentido vamos, ni con qué objeto vamos. Si eso es importante en la memoria individual, una de las más graves enfermedades que un ser humano puede sufrir es la pérdida de la memoria, mucho más grave es que un pueblo pierda la memoria, que una nación no sepa de dónde viene, cómo se hizo, qué es. Esa memoria está y debe estar en la historia.

Desde luego, es muy sencillo decir la historia, y ¿qué decimos con esa palabra? Muchas cosas distintas e incluso contradictorias, es ante todo un recuento

* Conferencia dictada en el Ciclo “Apreciación del proceso histórico Venezolano”, el día 17 de enero de 1985, en la Universidad Metropolitana.

del pasado y esto es evidente, pero ¿de qué pasado? ¿con qué contenido? ¿con qué intención? Todo esto es importante porque hace que las historias digan una cosa o parezcan decir otra, o estén dirigidas más hacia el presente y el futuro que al pasado, lo que un gran historiador francés llamaba “la contaminación del pasado por el presente”, porque los hombres, así como no podemos escapar de nuestro pellejo, tampoco podemos escapar de nuestras convicciones y tampoco podemos escapar aunque lo queramos de nuestra época y es desde ese punto de vista de donde vemos el pasado y el futuro y componemos o inventamos un pasado en el correcto sentido de la palabra, que se ajuste a lo que nosotros entendemos y creemos.

Toda esta consideración de la complejidad de lo que es la historia, ha estallado en nuestros días de un modo mucho más evidente, se ha hablado, y con acierto, de lo que se ha llamado la explosión de la historia y literalmente ha habido un estallido, ha habido una fragmentación que ha hecho mucho daño en muchos sentidos y en nuestro país, particularmente, gran parte de este problema que estamos enfrentando en la enseñanza de la historia arranca de allí. Esto tiene como asiento la universidad francesa, en los últimos 40 o 50 años en la universidad francesa, al más alto nivel, han surgido algunos de los historiadores más importantes de nuestros tiempos. Esos historiadores en lugar de ponerse a historiar se han puesto a estudiar la historia y a analizar qué es la historia, y de esto ha salido una variedad muy grande de maneras de entenderla y una verdadera fragmentación de la historia. Ya hoy sería muy difícil encontrar a un gran historiador que escribiera la historia lineal de un país o de una región como no fuera con fines puramente didácticos, pero pensar en que hoy íbamos a encontrar un historiador que escribiera linealmente la Historia de Francia o la Historia de Venezuela, como la hiciera Baralt y aun Gil Fortoul o la historia continental de la América Española, fuera de fines puramente didácticos, no tendría sentido y sería objetable.

Toda historia fatalmente, es una simplificación engañosa, no porque el que la escribe quiera engañar a nadie, sino porque la simplificación deja fuera muchas cosas y al dejar solamente algunas dentro fatalmente ocasiona una distorsión, que puede falsear o cambiar el sentido que el pasado tiene para nosotros y muchísimo más con esa tendencia a contaminar el pasado con nuestros puntos de vista y nuestras preocupaciones del presente. Tenemos muchísimos ejemplos de cómo se ha escrito la historia desde un punto de vista actual para ponerla al servicio de intereses presentes y mucho más grave todavía para servir de demostración a ideologías o a propósitos políticos.

En la universidad francesa, en estos últimos años, un grupo de eruditos extraordinarios, de inteligencias penetrantes y brillantes, entre los cuales voy a nombrar algunos, empezaron a desarmar la historia con el propósito de hacer una historia más precisa, más verdadera, y más válida. Lo primero que hicieron fue apartarse de las historias generales. Uno de ellos, por ejemplo Chaunu, es un hombre que ha escrito inmensos libros sobre el tráfico comercial, lo que se importaba o lo que se exportaba por determinados puertos durante un siglo determinado. Otro es Ferdinand Braudel que escribió uno de los libros más monumentales de nuestro tiempo sobre el Mediterráneo en la época de Felipe II. No es una historia lineal y no podía serlo porque en ella entra toda la vida de los pueblos alrededor del Me-

diterráneo, el problema político de Musulmanes y Cristianos, las rivalidades entre príncipes cristianos, el problema del desarrollo económico y el de los encuentros culturales, de modo que es una especie de suma, de la cual se sale con una impresión de conjunto de aquella compleja realidad. No es una historia de Felipe II, ni de ningún país en particular, sino la de un tiempo y de un espacio determinados y esa idea ha llegado todavía más profundamente en el caso de otro gran historiador del mismo grupo, los Anales que es Leroy Ladurie, quien ha escrito obras monumentales con un contenido muy estrecho, uno de los libros más famosos se llama Montaillou que es la historia desde el final de la Edad Media hasta el siglo XVIII de una pequeña comunidad francesa, casi de una aldea. ¿Qué pasó en esos siglos allí?, porque lo que pasó allí, refleja todo lo que pasaba fuera y desde luego nos permite tener una visión más exacta de cómo actuaron los tiempos sobre ellos. Leroy Ladurie, ha publicado luego, otros estudios de primera importancia, también Braudel ha estudiado minuciosamente el crecimiento económico y el cambio en la manera de pensar de la gente.

Se ha entrado en lo que se llama la historia cuantitativa que es la historia que cuantifica el espacio histórico, importa tanto saber quién era el Rey de Francia o el de España en la primera mitad del siglo XVI, como saber cuál era la producción por hectárea de trigo en esa época, cuál era el avance de la tecnología, cuáles las ideas dominantes, cómo se comportaba la demografía, qué pensaban las gentes y esto ha traído una historia inventariada, computarizada en gran parte que hoy se llama historia cuantificativa, historia de las mentalidades; de modo que, todo esto ha ido enriqueciendo el campo y además se ha añadido algo que se disputan historiadores y sociólogos que es lo que se llama la historia oral, en lugar de escribir la historia a partir de los documentos, irse a las colectividades como lo hizo el gran sociólogo americano Lewis con su famoso libro "La Familia de Sánchez", para, al través de una familia de una clase determinada, en interrogatorios y conversaciones libres retratar un estado social. Hay en esto un gran riesgo y es que esa fragmentación termine por destruir la historia; porque toda esa parcelación, su mismo nombre lo dice, es la desintegración de una unidad y carece de sentido, saber que pasó en Montaillou en el siglo XVII para quien no tenga idea de su posición relativa, de cómo estaba inserto en la historia de un país que se llamaba Francia y de cómo formaba parte de un movimiento general de humanidad dentro de la civilización Occidental. Este lujo de fragmentar la historia se lo puede dar un historiador sumamente culto; pero hay un gran peligro de llevar este tipo de historia a los niveles de la enseñanza primaria y media; porque es hacer perder a los alumnos la perspectiva, la noción de situación y el sentido general del movimiento histórico, porque no podrán entender la historia de Montaillou si no conocen la historia de Francia.

La historia general hoy, enriquecida, multiplicada, aumentada con todo este caudal de información que viene de tantas fuentes, es mucho más rica y compleja que nunca, aun cuando ya a un nivel muy alto no se escriban historias generales de Francia.

En esa investigación se ha llegado también, a estudiar las deformaciones históricas. Hay un gran historiador francés contemporáneo, Francois Furet, que se ha dedicado a estudiar la Revolución Francesa.

La Revolución Francesa es uno de los sucesos más influyentes en el mundo actual, es el modelo, la matriz, la imagen de la revolución para los hombres de Occidente y en torno de ella se han hecho toda clase de interpretaciones para determinar porqué ocurren estos fenómenos que los determina. Lamentablemente todos esos análisis son en gran parte contradictorios, han sido, como dice Furet, historias de opinión, que cada historiador escribe desde su punto de vista y a veces a favor de su punto de vista, lo cual ocasiona una deformación peligrosa del pasado y la creación de mitos históricos. Por ejemplo, para no distraerles a ustedes más, Furet rechaza de plano al analizar la historia de la Revolución Francesa ciertas interpretaciones, la de que la Revolución Francesa fue la obra de la burguesía, Furet niega eso, que la Revolución Francesa fue un estallido popular, tampoco es cierto y Furet dice algo que es muy penetrante, la Revolución Francesa la hicieron los intelectuales, los de clase alta y de la clase que podríamos llamar media: abogados de provincia, gente mal acomodada con la sociedad en que vivían, que empezaron a analizar y a desmontar los supuestos sobre las cuales esa sociedad era concebida; de ese medio salió Rousseau, salió Holbach, todos los enciclopedistas franceses, y fueron ellos los que crearon una ideología; esa ideología se convierte en un catalizador de una situación social determinada, dio un sentido y una razón para fomentar la ebullición social que no tenía rumbo y que, además, nunca fue estrictamente popular, en el sentido de que fue el pueblo el que la hizo. La Revolución Francesa estuvo concebida y dirigida, durante los primeros cinco años de ese gran proceso que terminó tan rápidamente, por un grupo de intelectuales.

¿Quién era Danton? ¿Quién Mara? ¿Quién Robespierre? Robespierre era un abogado de provincia. Estos hombres crearon la fórmula que después ha sido el partido político, pero que era el embrión, que era lo que llamaban el Club, el Club de los Jacobinos, el de los Montañeses, esos Clubes sustituían al pueblo y decían "somos el pueblo", el pueblo quiere, el pueblo pide, el pueblo exige. No había consulta popular, había la adhesión de una masa que veía la posibilidad de que se abriera un tiempo de prodigiosa felicidad y que aplaudía y seguía aquellos hombres sin manifestar ninguna opinión concreta sobre nada de lo que ocurría, esto ligado al de cultivo de resentimientos sociales. Furet desmonta la historia de la revolución y nos enseña a desconfiar de toda historia escrita y a analizarla a fondo para ver hasta dónde está deformada por las interpretaciones ideológicas y por los intereses inevitables y a veces inconscientes de quienes la escriben. No es que alguien se ponga como un conspirador a falsificar la historia para beneficio propio o de secta, puede que haya quien lo haga, pero en términos generales esto no tendría importancia pero si el hecho de que la historia que yo cuento, está condicionada por lo que soy, refleja el modo como yo veo el mundo o mi país, por mi mentalidad y de eso nadie puede escapar.

Hemos tenido historias inspiradas en el regionalismo, inspiradas en ideas religiosas o políticas como las de Bossuet y las de los marxistas. Cada una de ellas es una deformación a su manera, ninguna abarca el ser social ni el desarrollo histórico completos, son reducciones que se hacen al costo de deformaciones y de omisiones que terminan por cambiar el contenido mismo de la historia y que impiden verla en su conjunto. Por eso hoy, más que nunca, es difícil contestar a la pregunta ¿Qué es la Historia?

Si nosotros salimos de este ángulo y vamos a ver en la realidad cómo nos ha sido difícil ver el pasado, cómo ha sido difícil entenderlo, tendríamos que pensar que lo primero que nos es difícil a los hombres entender es lo que somos nosotros mismos, sobre nosotros tenemos ideas falsas, imágenes que no corresponden a la realidad de nuestra existencia, pero más nos ocurre esto en el terreno colectivo, sembrado de opiniones y debates.

Hay un caso ejemplar ilustrativo que es el caso de la Historia de América Hispánica. Es una de las historias más polémicas que se hayan podido escribir. Existe sobre el período colonial la Leyenda Negra y la Leyenda Dorada, las dos son falsas evidentemente, la verdad debe estar en algún lugar entre las dos, pero ese lugar es muy difícil de precisar porque también lo intentan hombres que son prisioneros de una manera de pensar y de una mentalidad.

La historia de la América Hispánica, desde el descubrimiento mismo, está dominada por un debate no resuelto y que en el fondo es un debate anti-histórico. Lo simbolizan dos grandes personalidades. A mediados del siglo XVI, en Valladolid por mandato del Emperador Carlos V, entraron en una disputa frente a un jurado de grandes teólogos y juristas, dos egregias figuras de la época: el padre Las Casas, que era en ese momento ya Obispo y un gran doctor, uno de los más grandes juristas de su tiempo, que era Ginés de Sepúlveda. Debatieron algo que era de mucha importancia, Las Casas había venido denunciando con pasión el horror que la conquista había significado para las colectividades indígenas de América. Como todo polemista, exageraba. Había publicado un pequeño libro que se llama "Breve Historia de la Destrucción de las Indias", en el que pinta el proceso de la Conquista y la Colonización como un inmenso crimen. Ese libro, desde luego, falseaba la realidad. No fue un inmenso crimen y tan no lo fue que aquí estamos nosotros viviendo de sus consecuencias y que fueron la creación del mundo hispanoamericano. Tampoco fue una evangelización arcangélica de las nuevas sociedades con que tropezaron los españoles, fue una cosa más compleja pero Las Casas sostenía, de una manera decidida y fanática, la idea de que la conquista era un crimen por donde se la viera y esto llegó al extremo, que nos revela como cambia la mentalidad con los tiempos, que el Emperador Carlos V se llenó de dudas y en un momento dado ordenó detener la Conquista e incluso pensaron con mucha seriedad en abandonar América. Esto lo hacían por una razón obvia; porque eran creyentes cristianos y por encima de los intereses políticos, a Carlos V le importaba profundamente salvar su alma y pensaba que si él era el autor, el responsable final y supremo de un gran crimen colectivo, no podía salvarse y como eso le importaba mucho más que el aspecto económico de incorporar a América o el aspecto político del poderío que España adquiriría con esto, él ordenó detener la Conquista hasta que se aclarara este punto; ¿cuáles eran los justos títulos para que los españoles estuvieran en el nuevo mundo? Esto se concentró en esa gran disputa; que reducida a su más escueta expresión, significaba que Las Casas sostenía que la Conquista era un crimen y por lo tanto los españoles que estaban realizándola, unos criminales, mientras Sepúlveda, que era un hombre muy culto que nunca había estado en América, afirmaba que la Conquista obedecía al principio de la guerra justa, que era una noción teológica muy antigua y muy válida.

Los títulos válidos alegados para que los españoles quedaran justificados incluía el de estar llevando la evangelización a los bárbaros y, añadía, que era una obra de bien porque los indígenas eran infrahumanos, no estaban en el nivel de cultura y de civilización de los españoles; de modo que a aquellos eternos menores de edad, se les estaba haciendo un inmenso bien en ayudarlos a acceder al nivel a que habían llegado los europeos. Eran dos posiciones extremas irreconciliables, casi caricaturales desde luego. El jurado designado por el Emperador no pudo llegar a ninguna conclusión entre estas dos tesis extremas, más tarde la conquista siguió, pero sin abandonar estas preocupaciones que se reflejan en otra gran personalidad de la época, Fray Francisco De Vitoria, profesor de la Universidad de Salamanca, que hizo unas famosas reelecciones que se llaman en latín "De Indis" en que examina cuáles son los legítimos títulos para la presencia española en América y hasta dónde se podía considerar guerra justa. Esto llegó a extremos que hoy nos hacen sonreír. Para descargo de conciencia los teólogos y juristas españoles recomendaron y el Emperador lo aceptó, que los conquistadores antes de entrar en acción contra los indígenas, hicieran un requerimiento, el resultado es casi caricaturesco, frente a una agupación armada de indígenas que veían aquellos seres extraños con los cuales no tenían comunicación, aquellos españoles que tampoco entendían nada de los otros, se destacaba un escribano vestido de negro, sacaba un papel y leía el requerimiento que decía más o menos: "Nosotros, somos aquí los representantes de la verdadera religión y del Emperador Carlos V, venimos en son de paz y queremos entrar en comunicación con ustedes para revelarles la verdadera fe y para comunicarnos pacíficamente". Los indios, que no entendían nada de aquello porque en primer lugar no sabían español, oían como quien oye llover y disparaban una que otra flecha, era necesario repetir el requerimiento por el pobre escribano que debía tener menos tranquilidad y hasta por tercera vez y si entonces los indios no aceptaban la propuesta, se podía combatir. Esto revela cómo las épocas son distintas y las mentalidades diferentes. Para los hombres de esa época era necesario hacer aquello que nos parece cómico, porque significaba la salvación de su alma que era el negocio más importante para ellos.

Esa pugna de Sepúlveda y Las Casas, no ha terminado nunca. Toda la Historia de América hasta nuestros días es el eco de ese debate, entre pro indigenistas y pro hispanistas y yo pienso que, entre esos dos extremos que revisten otros nombres y otras maneras pero que en el fondo continúan el debate que no se ha apagado nunca, la Historia de América ha zigzagueado según quien la escriba, ha revestido formas que no corresponden a la realidad y por tanto en buena parte, podríamos decir que la Historia de América está por hacerse y que sería una gran tarea de las nuevas generaciones de historiadores, el quitarse de la mente las palabras de Las Casas y de Sepúlveda y de los herederos de esta disputa no cerrada, de los participantes y defensores de la Leyenda Dorada y de la Leyenda Negra para ponerse a ver con ojos propios qué fue lo que pasó, cómo pasó, qué consecuencias trajo, qué daños ocasionó, qué desviaciones provocó, qué bienes trajo, qué creó, porque desde luego creó una gran cosa. No fue una "Razzia" militar la que ocurrió en el siglo XVI en América, fue la creación de una nueva sociedad, la creación literal de eso que se llamó y se sigue llamando con razón un Nuevo Mundo. Esto nos revela cómo la historia es importante para nosotros en todo sentido, porque

es la única manera que tenemos de tratar de entender al pasado y porque en gran parte está por rescatar, por plantear y por escribir.

Regresando a nuestro país y a la situación de Venezuela, no ha habido menos deformaciones que éstas. La historia venezolana hasta hoy resuena con la disputa de Sepúlveda y Las Casas, hay quienes pretenden que la Historia de Venezuela debe escribirse desde el punto de vista de los indígenas, eso sería distorsionarla y torcerla, hay quienes piensan que debe escribirse desde el punto de vista de los españoles que también sería desnaturalizarla.

La Historia de Venezuela como la historia de toda la América Hispánica, es la del encuentro de tres culturas, de tres culturas diferentes, de tres mentalidades ajenas, de tres maneras de ser distintas. Una dominante porque era la que tenía el poder, que era la que representaban los españoles que era europea, con una lengua, con unas instituciones, con una legislación, que fue la que ellos trataron de implantar en América; pensando que era posible reproducir lo que había en España.

Así se revela conmovedoramente la forma en que se fundaba una ciudad en el período de la Conquista. Las ciudades en la América del Norte se fundaron de hecho, a lo largo de una larga evolución; un granjero levantaba una casa y labraba la tierra vecina, otro hacía lo mismo al lado y poco a poco aquello se convertía en una aldea y más tarde lentamente en una ciudad. Llegaba a ser una ciudad muy tarde como el crecimiento casi normal de un ser viviente, así no era la mentalidad española, era una mentalidad a la romana hecha por la herencia romana y lo primero que se hacía para fundar una ciudad, no era levantar una casa ni instalar gente, era fundar la ciudad nominalmente. Cuando se fundó Caracas, Diego de Lozada la funda en la parte alta del valle donde no había, prácticamente, ni una ranchería y ¿qué hace Diego de Lozada?, toma posesión en nombre del Rey, saca la espada, corta unas ramas como signo de autoridad, proclama que funda la ciudad, una ciudad fantasmagórica que no existía realmente, con el nombre de Santiago de León de Caracas. Procede de inmediato a designar las autoridades municipales, de modo que lo primero que hubo fue un Cabildo, un Cabildo que no tenía ciudad, un Cabildo que no tenía ni siquiera donde reunirse, después levantaron un rancho donde se reunirían Dios sabe para qué. Era una mentalidad, la mentalidad de que primero estaba la institucionalidad, primero estaba la concepción ideal y después venía el hecho. Nosotros somos herederos de eso, en el fondo de esta manía que tenemos que dictar leyes, de reformar constituciones está Diego de Lozada fundando una ciudad que no existe. Este nominalismo que nos caracteriza, por el cual creemos que nombrar las cosas es crearlas, es también una herencia, metida en nuestros huesos y en nuestro pensamiento. Pero eso que los españoles se proponían, fracasó, no crearon una Nueva España como creían. El Cabildo que crearon en la fundación de las ciudades americanas fue muy distinto de los Cabildos que, como herencia romana, tuvieron los españoles, la religión que trajeron cambio, el catolicismo hispanoamericano, fue muy distinto del español o del catolicismo romano ¿por qué? porque no había dos culturas más que estaban allí, la cultura de los indios, que adoptaron ciertas cosas de los españoles pero que no eliminaron su alma ni su mentalidad formada por milenios y también es-

taban los negros que eran representantes de culturas africanas muy caracterizadas. Entonces se produce esa mezcla inevitable, un mestizaje cultural no sanguíneo porque la mezcla de sangres tiene poca importancia, lo que los hombres somos, lo somos por la cultura y es la que nos define. Si tomamos dos gemelos recién nacidos y mandáramos uno a Suecia y el otro Al Africa Central, al cabo de 30 años, uno sería un africano y el otro un sueco. Somos lo que somos por la cultura y esa mezcla cultural, que terminó por ser distinta aunque la parte dominante fue la española por la lengua y por las instituciones, la parte indígena tuvo importancia variable según el grado de las civilizaciones indígenas de los distintos lugares y el aporte negro que fue igualmente importante, terminaron por configurar nuestra alma.

Muchas veces se piensa que Venezuela fue hecha por los españoles a su imagen y semejanza, que los indígenas aportaron algunas cosas y que los negros aportaron sólo trabajo, ésta no es la verdad, o no es toda la verdad. Los aportes fueron de otra índole y de otra magnitud, los indígenas aportaron una mentalidad que explica muchas cosas, entre otras la llegada del negro, los indígenas no sabían lo que era el trabajo, la noción del trabajo es europea, la noción del tiempo es europea, la noción del horario es europea, las comunidades indígenas no tenían noción del trabajo en el sentido europeo, esto no quiere decir que no tenían ocupaciones, cazaban, pescaban, levantaban sus casas pero no con la mentalidad de un europeo, que trabaja por un salario para otro, no llegó a haber en ellos la mentalidad de una sociedad estamentaria a base del trabajo aportado por unos para beneficio y pagado en moneda. Esto explica por qué no podían los indígenas reducirse a trabajar porque huían, porque cuando los españoles pretendían incorporarlos como una aldea de Castilla, el problema se escapaban porque no comprendían ni el salario, ni el horario, ni la moneda, no resistían instintivamente la cultura esotérica y por eso vino el africano para trabajar en lo que el indígena no podía solo a su vez, además de fuerza y de su trabajo, trajo una mentalidad mágica, una visión del mundo distinta de la de los españoles y de la de los indígenas, que permeó y penetró la nueva sociedad. Ciertamente, los africanos no tenían universidades, no publicaban libros, eran analfabetos, pero podían propagar su visión del mundo. Hay que observar el simple hecho, que nunca hemos estudiado con seriedad, de que durante los tres siglos de formación colonial los educadores de los niños eran las ayas negras, esclavas analfabetas que tomaban al niño desde la más tierna edad hasta los 5 o 6 años de edad y le transmitían lo que ellas conocían, sus consejas, sus cuentos, sus cantos, sus fórmulas mágicas y todo eso entraba en el alma del niño junto con lo que le enseñaban sus padres, que se creían españoles y con lo que aprendían en una escuela en la que había poca relación con la realidad.

Hay el caso ejemplar de Bolívar. Bolívar era en la formación de su sensibilidad tan hijo de la negra Hipólita como de Doña Concepción Palacios. Lo reconocía él mismo. ¿Qué le enseñó la negra Hipólita al Libertador, que le enseñó aquella negra analfabeta y esclava?, le transmitió muchas cosas que quedaron en su alma, que se incorporaron a su psicología, que aparecen en su manera de entender la realidad social. Esto es tan cierto que estando, ya después de Ayacucho, en el Cuzco, recibió una carta de Hipólita en la que le pedía algunas cosas y él le escribe a su hermana María Antonia para decirle: "Ayer recibí carta de mi madre Hipólita,

dale lo que pida porque yo no he conocido otra madre que ella". Si esto no es una pedagogía negra, yo no sé cómo se llama.

Volviendo a nuestra historia, tradicionalmente la hemos dividido en tres partes, muy caprichosas, lo que llamamos la Epoca Colonial, que abarca desde la llegada de los españoles hasta 1810, son tres siglos largos, en los que se hace este país, en los que cobra fisonomía, en lo que se crea eso que habría que llamar la mentalidad venezolana, el carácter venezolano, la visión venezolana de sí misma y del mundo. Eso se hace en esos siglos de una manera innominada y oscura sin grandes hechos espectaculares, pero con manifestaciones económicas, culturales, artísticas sociales, indudablemente propias y distintas. Luego surge una época sumamente breve, que en nuestros manuales de historia se llama la Independencia y que dura en rigor 20 años, desde 1810 a 1830. Posteriormente comienza la llamada Epoca Nacional.

Cuando leemos nuestros autores tradicionales da la impresión de que la historia de ese país llamado Venezuela se corta en 1810 y surge súbitamente un país distinto, heroico, lleno de hombres extraordinarios que realizan hazañas gloriosas y que se apaga en 1830 para caer en lo que llamamos Epoca Nacional, que lleva siglo y medio largo, en la que se apaga ese brillo, los hombres parecen disminuir de tamaño, se cae en un ambiente subalterno y pequeño de lucha mezquina, es el período de las guerras civiles, de los caudillos, de la pobreza extrema, hasta nuestros días. Evidentemente que ésta es una visión distorsionadora, ni la Independencia surgió de la nada, ni los hombres que hicieron la Independencia desaparecieron en 1830, salvo el Libertador. Los hombres que lograron la Independencia venían del régimen colonial, eran un producto de ese régimen, se formaron en él y fueron los grandes actores en distintas escalas de ese deslumbrante proceso.

La Independencia no es una gesta, no es una historia fabulosa, es el producto excepcional de unas virtudes y de unas condiciones que se habían formado en el alma de los venezolanos en 300 años. Tampoco eso termina y se destruye en 1830. Los hombres que inician la etapa nacional de Venezuela, participaron destacadamente en la Independencia. ¿Quién era Páez? ¿Quién era Soublette? ¿Quién era Urdaneta? ¿Quiénes eran los Monagas? ¿Quién era Antonio Leocadio Guzmán? Eran hombres que venían del proceso de la Independencia y de antes, de modo que el pueblo, que había vivido bajo el régimen colonial que hizo la hazaña extraordinaria de la Independencia, era el mismo que siguió existiendo en la época nacional, con un escenario cambiado, con unas condiciones distintas pero con una continuidad histórica que esa división arbitraria no impide ver, hasta que llegamos a nuestros días en que ocurren otras cosas decisivas, que siguen arropados en ese nombre de historia nacional que como decía hace un momento Ramón J. Velásquez, es un catálogo de batallas, de nombres de caudillos y de Presidentes de la República y debajo está un país que no terminamos de conocer.

Yo diría, y es cierto, que el hecho más importante en la historia de este país es la aparición del petróleo. Lo que realmente establece una línea divisoria, un divorcio de aguas, es el surgimiento de la riqueza petrolera; el país que llega hasta el momento en que el petróleo empieza a tener importancia en nuestro

escenario por los años 30, era básicamente, el mismo de la Colonia, el mismo de la Independencia y el mismo de lo que llamamos la Epoca Nacional, no había ocurrido hasta entonces un cambio de dimensiones, ni de mentalidad, ni de aspecto físico y social del país, es el petróleo el que va a provocar ese cambio. La aparición de la riqueza petrolera que comienza con una etapa tímida que abarca hasta la muerte de Gómez en que el petróleo era una renta más, la más importante pero una renta más de las que tenía el Estado, que contribuiría a nutrir un presupuesto nacional que sobrepasaba escasamente los 100 millones de bolívares, va de pronto a imponer su presencia, Venezuela va a llegar a ser con una producción de 4 millones de barriles de petróleo diarios, el primer exportador de petróleo del mundo y va a desatarse un flujo de riqueza canalizada hacia el Estado, porque era el dueño del sub-suelo y la podía dispensar arbitrariamente a su modo de entender por los diferentes gobiernos sucesivos. Ese hecho provoca un cambio de este país que se llama Venezuela.

Los que hemos vivido tanto tiempo como yo, si es que eso es un privilegio porque a veces parece que fuera una desgracia, hemos sido testigos de ese cambio. El país en que yo nací, en el que yo era estudiante universitario tenía poco en común con este país. El país en que se hizo la Independencia era el mismo que había existido antes de 1810 y el país de la Epoca Nacional, era el mismo que había dado los hombres de la Independencia y que había pasado por ese largo proceso, el mismo país agrícola, de una estructura atrasada lleno de limitaciones. Cuando todo eso cambió es bruscamente, en cortos años. La Caracas de 1930 era una ciudad de escasamente, 150 mil habitantes, el Presupuesto Nacional no sobrepasaba los 120 millones de bolívares, el ingreso de divisas producidas por el café, el cacao, los cueros de res y las cuatro cosas que exportábamos, producía 20 millones de dólares anuales y con eso pagábamos todo lo que teníamos que importar. Las ciudades eran pequeñas, era un país incomunicado, para venir de Maracaibo a Caracas, había que tomar un barco, pasar la noche en Curazao y llegar por último a La Guaira; para ir a Ciudad Bolívar había también que navegar medio país y entrar por el Orinoco; para venir de Los Andes, peor aún, porque había que tomar un pequeño tren, embarcarse en el Río Motatán, salir al Lago de Maracaibo, allí tomar otro vapor que lo llevaba por Curazao a La Guaira. Era un país aislado, muy pobre y muy limitado. Si le repente junto a ese país pusiéramos éste de hoy, nos daría una impresión de locura, de que ha habido un acto de magia, que ha surgido un teatro que no tiene nada que ver con aquél, de unas dimensiones, de una posibilidad de acción, unas disponibilidades, y oportunidades que no hubieran sido soñables ni por el más desbocado imaginativo de aquel tiempo. Esto lo ha producido una sola cosa, que se llama el petróleo.

Esa riqueza petrolera que apenas empieza a ser importante a la muerte de Gómez, que crece continuamente hasta 1973; se refleja en los presupuestos. El primer presupuesto de Venezuela cuando la Separación de la primera presidencia del General Páez era de millón y medio de pesos, aun admitiendo que un peso en aquella época tenía un poder adquisitivo mucho más grande que 4 bolívares de hoy, pero aunque lo aumentáramos cien veces, resulta ridículo e insignificante comparado con los de hoy.

El primero de 100 millones de bolívares que conoció Venezuela fue ya en tiempos de Gómez; Guzmán Blanco gobernó con presupuesto de 28 a 30 millones; Crespo no pasó de 50 millones; ni fueron mayores los que tuvieron Castro y Gómez al comienzo, hasta que apareció el petróleo, entonces pasamos rápidamente de presupuestos de 100 millones a 400, a 1.000; el presupuesto más alto de que dispuso Pérez Jiménez, fue de 3.000 millones; el presupuesto más alto de que dispuso Caldera fue de 12.000 millones, para desembocar a partir de 1973 y en galope creciente de los precios del petróleo a presupuestos de 40 mil, de 80 mil, de 100 mil millones de bolívares. No es esto todo, la administración venezolana con la riqueza petrolera ha creado un sector descentralizado de Institutos Autónomos, Empresas del Estado, organismos estatales que gastan una suma gigantesca de los recursos y por el que se canalizan una gran parte del gasto público. Si se hace la estimación consolidada del gasto público de la administración central y de los entes descentralizados, Venezuela está llegando a un volumen de gasto público consolidado que es superior a los 150 mil millones de bolívares por año, en un país que ayer disponía de 12 mil millones, no es el mismo país al de cuando yo era estudiante en la Universidad, sino es un país totalmente distinto, con otras dimensiones inabarcables.

¿Qué ha hecho el petróleo en Venezuela? Distorsiones gigantescas, transformaciones enormes, bienes inmensos y males espantosos, pero sobre todo ha cambiado la fisonomía del país. Caracas pasó de ser una ciudad de 150 mil habitantes a ser este inmenso hormiguero humano de 4 millones, ya no es una ciudad, la ciudad en que yo nací y estudié era pequeña pero con un carácter muy definido de ciudad, con un aspecto muy propio, hoy Caracas no tiene fisonomía, no tiene carácter, es una inmensa mancha, una especie de proliferación de hongos humanos que ha cubierto todo el valle y que prácticamente escapa a toda noción de lo que es una ciudad. Al mismo tiempo hemos tenido dinero para construir una infraestructura, para comunicar al país e integrarlo, para difundir una educación, desgraciadamente no muy acertada, para educar, para sanear. El país en que yo nací estaba infectado de paludismo de punta a punta; este en que estamos viviendo ha logrado erradicar el paludismo, por lo menos hasta ayer, porque parece que nos vamos a volver a infectar, desgraciadamente, porque la riqueza petrolera en vez de ayudarnos a haber salvado al país de la infección, está abriendo las puertas a un aluvión humano que la traen de fuera y la propaga.

Esa inconmensurable transformación es la más grande que ha conocido la Historia de Venezuela, constituye realmente una ruptura, hasta donde hay rupturas en la historia, una transformación, no porque los venezolanos amanecimos siendo distintos al día siguiente de aquel a que irrumpió el Pozo de la Rosa. Ha cambiado mucho nuestra mentalidad, hemos perdido el espíritu de trabajo y el sentimiento de colectividad que teníamos cuando éramos un país pobre, se nos ha llenado la cabeza de la idea de que todo es posible y todo podemos hacerlo y hemos hecho muchos disparates, hemos caído en mucha improvisación, hemos hecho muchas cosas sin cordura y sin noción de lo posible y de lo conveniente, hemos malbaratado en buena medida gran parte de ese recurso gigantesco que llovió sobre nosotros. No hay duda de que esto constituye una época histórica, mucho más precisa y definida que la que separa la Independencia de la Colonia, si fué-

ramos a reducirlo a su estrecha verdad, no significaba mucho más de haber adquirido el derecho de gobernarnos nosotros mismos, pero lo que estábamos gobernado era el mismo país que venía de atrás; pero ahora éste es un país distinto y eso lo ha hecho el petróleo.

Habría que escribir esa Historia de Venezuela en tres partes distintas de las tradicionales, habría que escribir la historia de la Venezuela pre-petrolera, que es la que cubre los tres siglos de hechura de la sociedad venezolana y que en realidad llega hasta 1930, casi cuatro siglos de historia; la de la Venezuela petrolera, que es la que se inicia por esos mismos años del 30 y que alcanza su apogeo en estos últimos doce años de vida venezolana y que es una etapa deslumbrante, llena de motivos de embriaguez, un período de pérdida del sentido de la realidad en la que hemos vivido hasta ahora. Pero nos vamos acercando al tercer período en que se va a dividir esa futura historia, que tal vez los más jóvenes de hoy la verán y que se va a llamar la Venezuela post-petrolera.

¿Qué va a ser ese país? ¿Va a ser a recaer en la miseria, lleno de inmensos problemas insolutos, sin rumbo, decepcionado, escéptico, pesimista, negativo? ¿Va a ser un país con un sentido del rumbo, adaptado a las necesidades y reclamos de su tiempo, preparado para enfrentar el futuro, creando el futuro, porque el futuro lo creamos los hombres y no nos llueve del cielo, que ha aprovechado esta riqueza, para echar las bases de una riqueza no petrolera permanente? Si nosotros dijéramos, en este momento y habría que decirlo muy pronto, que la actividad no petrolera le está produciendo a Venezuela siquiera la mitad de lo que le produce el petróleo, estaríamos en buen camino, y si dijéramos que le produce tanto como el petróleo, estaríamos salvando el futuro de este país. Sin dudas el capítulo más importante de esa historia en tres partes es la de la Venezuela post-petrolera. Para eso se necesita que cerremos definitivamente este gran salón de fiestas que hemos abierto con el petróleo, y que lo convirtamos en el severo, organizado y eficiente taller de fabricación de la Venezuela post-petrolera.